

HERMILIO OLÓRIZ.

EL ROMANCERO DE NAVARRA

(PRIMERA SÉRIE DEL VASCO-NAVARRO)

CON UN PRÓLOGO

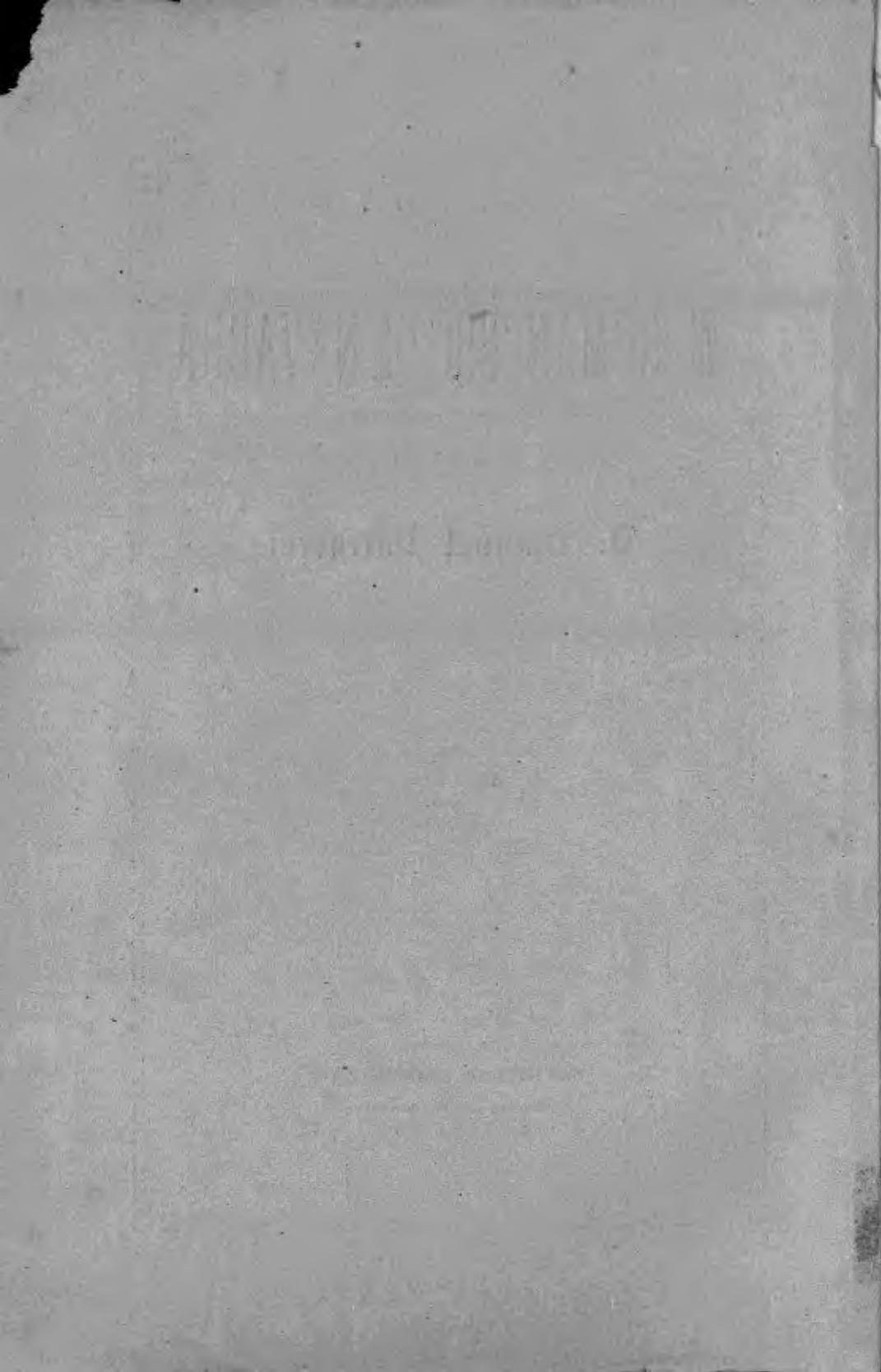
—
D. Manuel Valcárcel.

Roncevalles.
Olant.
Pamplona.

PAMPLONA.
IMPRENTA PROVINCIAL.

A cargo de V. Cantera.

—
1876.



M 24497
R 13785

ATN - 1721



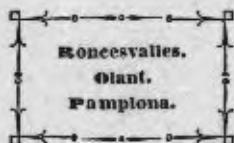
HERMILIO OLÓRIZ.

EL ROMANCERO DE NAVARRA

CON UN PRÓLOGO

—

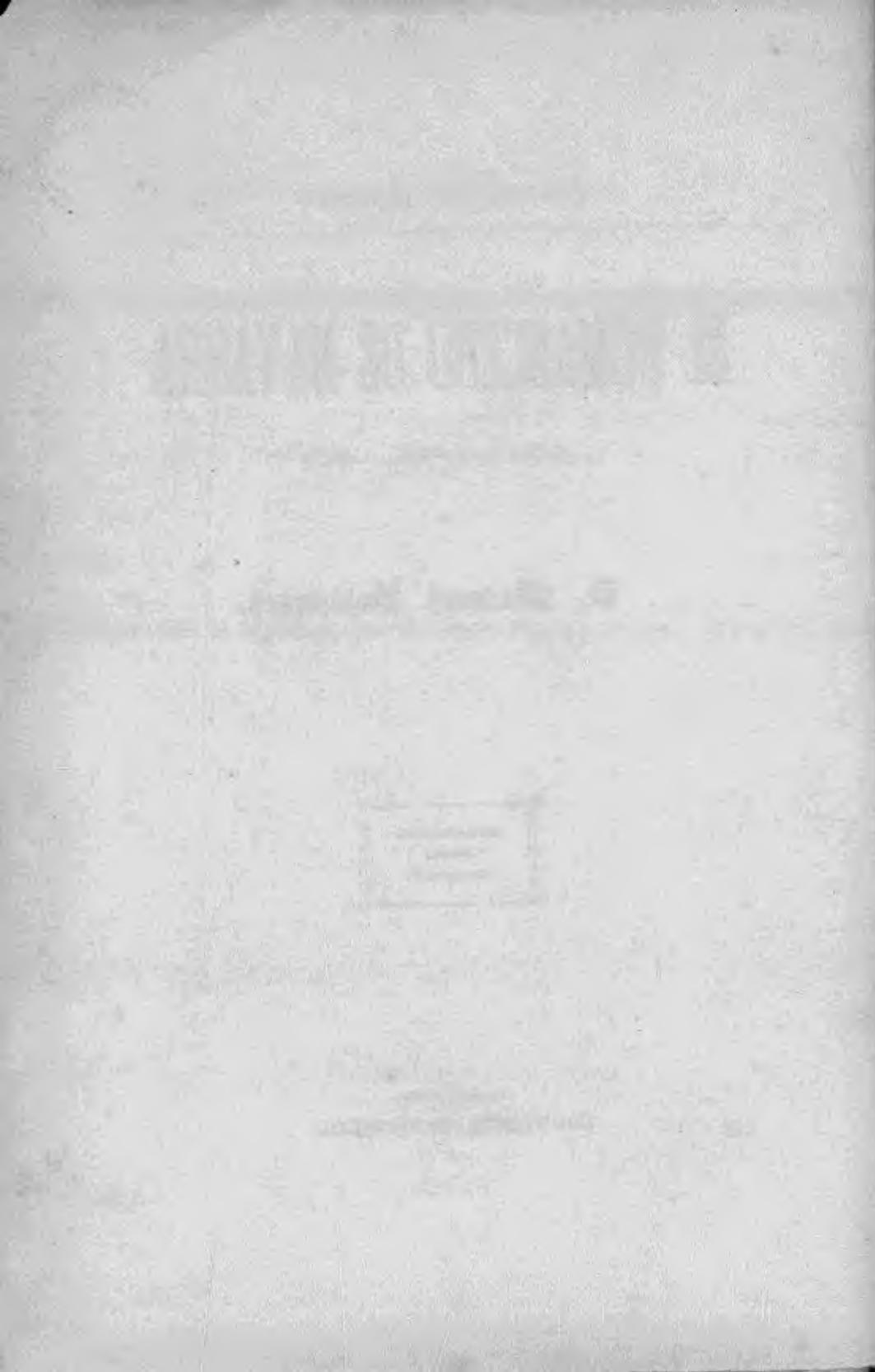
D. Manuel Valcárcel.



PAMPLONA.

IMPRENTA PROVINCIAL.

—
1876.



A la Excma. Diputacion Foral y
Provincial, representante del noble
pueblo de esta heroica provincia de
Navarra, dedica el presente Ro-
mancero

El Autor.

Es propiedad del autor.

PRÓLOGO.

No se puede negar que estamos en una época de ilustracion y de progreso; libros de todo género y en infinito número ven la pública luz, y como es preciso que cada individuo ostente un título que alhague su vanidad, el que no halla los de filósofo y profundo político, no se descuida en buscar los de escritor y poeta.

Las prensas gimen para dar á luz miles de versos, y dentro de pocos años será España una Nación de autores, ministros y generales; las musas se han declarado sin duda partidarias de la emancipacion de la mujer, y lanzándose á la calle, sino cecean á los transeuntes, ejercitan el precioso derecho individual de la filantropia, poniéndose al alcance de todos; por eso ya no es sino una cosa vulgar y diaria la aparicion de un poeta, y en la asoladora erupcion de géñios que en variedad de metros amenaza ahogarnos, casi imposible le es al talento verdaderamente superior salir á flote en el espumoso mar de las medianias.

Terrible es, pues, el compromiso en que se halla el que se decide á presentar al público un nuevo y esforzado adalid literario, y más terrible aún si cree sin fingida modestia carecer de titulos para ello; por esta razon quizá no hubiera tomado sobre mis hombros tal empresa, si un sentimiento de rectitud no me hubiese inducido á aceptarla: el jóven poeta, autor de los romances en este libro colecciónados, me pedia mi cooperacion,

resistíame yo aconsejándole que buscase quien con más autoridad le ayudara, díjome no conocer persona en tales condiciones á quien recurrir, y entonces, no sólo me juzgué obligado á complacerle, sino que experimenté, lo confieso, una íntima satisfacción, la que no podía menos de producirme el considerar la honra que adquiere quien es el primero en alzar la voz para tributar una justísima alabanza.

Sí, lector amigo, alabanzas verdaderamente justas merece el autor de este libro tan pequeño de dimensiones como grande de inspiración: propúsose cantar las glorias del suelo que le vió nacer, propúsose la composición de un romancero navarro que no desmereciera del castellano, cuna y origen de la literatura española, y lo ha conseguido tan por completo, que sus romances no sólo tienen el sabor y el interés de aquellos, sino que quizás les exceden en altura de concepción, en sublimidad de estilo y en corrección de frase.

Tres son los asuntos que trata el Sr. Olóriz en este libro: Roncesvalles, Olant y Pamplona; estos tres asuntos están colocados siguiendo el orden cronológico, y han sido escritos en el mismo orden también, como se advierte desde luego por la mayor perfección á que sucesivamente van llegando; pero no es esto lo notable, lo pasmoso es que el Sr. Olóriz jamás había escrito versos al poner la pluma para comenzar su Roncesvalles; entusiasta sí por la poesía, venía á mi casa y me suplicaba con el mayor interés que le leyera mis trabajos literarios consistentes casi siempre en obras dramáticas; pasábamos luego deliciosos ratos recorriendo las comedias del insigne Calderón y ojeando ya las poesías de Góngora, ya el romancero castellano, y noté con cuanta predilección miraba los romances, y cuanto descababa poder llegar á escribirlos: animéle á hacerlo, mostróse dudoso, pues su modestia, en todo patente, le inducía á desconfiar del éxito, esforcéme en disipar sus dudas, le indiqué al propio tiempo todas las condiciones literarias que á mi juicio, formado en el estudio de los modelos citados, debían tener los romances, así como también lo difícil y peligroso de este género de composición por lo ocasionado que es á sumir al poeta en la trivialidad

y en la pobreza de estilo, y mi entonces discípulo de ocasión es-
citado por las mismas vallas que intencionadamente le ponía,
cogió la pluma é inauguró el Roncesvalles, diciendo:

En el erguido Altoviscar
en ese monte soberbio,
un sordo rumor se escucha
repetido por cien ecos.

En las ásperas vertientes
del Pirineo gigantesco,
se ven gentes de combate,
guerreros y más guerreros.

Estos versos distaban mucho en verdad de ser sobresalientes, sin embargo llamaron mi atención desde luego: pasó su autor á recitarme el segundo romance que comienza diciendo:

Con los brazos sobre el pecho
fija en tierra la mirada,
la amargura en el semblante
y en el corazón la rabia;
entre las dispersas ruinas
que ayer gigantes murallas
eran miedo del contrario,
el Rey D. Iñigo marcha.

La luna reina en el cielo,
el silencio en las montañas
y en el corazón de Arista,
el deseo de venganza.

Aquí ya encontré imagen, descripción y forma; seguí es-
cuchando las meditaciones del buen Rey Iñigo Arista; con in-
terés verdadero llegué á las imprecaciones que le hace el poeta
preguntándole:

Augusto Rey, qué te aqueja?
jamás suspiraste tanto
y son fuego tus suspiros,
y tus miradas son rayos.

Qué intenso dolor te alige?
qué pesar te está agobiando
á ti el noble entre los nobles,
á ti el bravo entre los bravos?

¡Rey Arista, Rey Arista
bajo Ibañeta hay contrarios,
peñascos sobre Ibañeta,
y la muerte en los peñascos!

Mi interés se transformaba ya en entusiasmo, pero esto se tornó en asombro al oír la descripción:

Desabrida está la noche,
cae á torrentes la lluvia,
todo es tinieblas, y el viento
desencadenado zumba.
Del oleaje encrespado
el bosque imita la furia,
y en las cavernas del monte
el lobo aterrado aullía.
Del rayo á la luz sangrienta
un ginete se vislumbra
que en negro corcel camina
galopando en las alturas.
Rápido elbridon avanza
vertiendo copos de espuma,
el trueno le precipita
y el relámpago le alumbría.

Y al llegar al combate con los franceses, al oír,

Cúbrese el cielo de nubes,
el mundo en furores arde,
Cárlo-Magno en sobresaltos,
y Vasconia en tempestades.

Y más abajo, después de decir que los vascones son pocos en número, pero que para lograr el triunfo

Armas les prestan los riscos,
aliento su sed de sangre,
la libertad osadía,
y decisión el coraje.

Y la imprecación final á Cárlo-Magno en la que para convencerle de que debe huir, le dice:

Arista, el Rey de Vasconia,
el que no tiene rivales,

el que no cuenta enemigos,
te sigue, teirá al alcance....

Roldan ha muerto, Oliveros
cayó tambien con tus pares,
la fuga es la única puerta
Carlos que puede salvarte!

Entónces me levanté y abracé al poeta, al verdadero poeta que con tal altura alzaba su vuelo en las regiones del arte. ¿Necesitaré seguir copiando versos para demostrarlo?

Como se deja percibir hasta en lo poco del Roncesvalles aquí trascrito, el Sr. Olóriz excediendo en mucho con sus romances á los que en el romancero tratan este asunto, se aparta tambien completamente de cuanto en ellos se afirma sobre la derrota de los Franceses: el Sr. Olóriz no hace figurar para nada á Bernardo del Carpio, ni á los Burgaleses, podrán estos en nombre de la tradicion quejarse, (1) pero es lo cierto que Bernardo del Carpio, segun la Historia debia tener doce años cuando la famosa derrota mencionada, y no es lo más lógico que asistiese á ella, asi como tampoco sus castellanos, pues la batalla, en el mero hecho de darse en el Pirineo demuestra, que gentes del país y no de tierras relativamente lejanas, debieron empeñarla. Sea lo que quiera, en puntos dudosos creo que debe sostenerse siempre la independencia del poeta, y más cuando este no se opone á que hubiera diferentes caudillos en aquel hecho de armas, sino que hace protagonista de su narracion al Rey Iñigo Arista que consta y es indudable que se halló en él.

Pasando ahora á juzgar en globo el Roncesvalles, diré que tiene defectos, pero menos en la forma que en el fondo; el mayor acaso es de conjunto, ó mejor dicho, de concepcion general, pues no obedece á un plan preconcibido y meditado; el poeta marchaba aún á tientas y harto hacia en lanzar, digámoslo así, tan felices rasgos de inspiracion y con expresion tan sobria y de buen gusto.

(1) La tradicion vasca no dice nada de Bernardo del Carpio. Véase el bello canto de guerra. «Altabizarem cantúa,» traducido é inserto por el Sr. D. Modesto Lafuente en su Historia de España.

No sucede así con el titulado Olant segundo de la colección: advertido ya de su falta, la remedia al punto y concibe un pequeño poema sencillo como el género lo requería, pero noble, heróico y profundamente conmovedor. Jimena, la hermosa hija del Valle del Roncal, ama al valeroso Iñigo, éste la deja para perseguir como buen cazador las fieras de los montes, y los soldados de Abderramen que intentan hacer á Navarra suya, le dan muerte en la selva. Jimena le espera en vano, sabe al fin su muerte desastrosa, y el dolor lacera su alma ¿pero seguirá deshaciéndose en quejas estériles? Veamos:

No con olorosas flores
está adornada Jimena,
porque muertas las del alma
toda flor le dá tristeza.

Vestida se halla de negro
como cuadra á su dolencia,
y empuñando agudo dardo
como quien vá en son de guerra.

Pero vedla, allí aparece
cabalgando en su hacanea
ardiente sus suspiros,
cuál su pessadumbre negra.

Y llegándose á la plaza
donde la Villa estáñ fiesta,
dice á la asombrada gente
con voz triste, pero entera:

Hora es ya de que troquemos
la diversion por la guerra,
hora es de empuñar las armas
enmudeciendo las lenguas.

Jimena ha jurado vengarse, arenga á sus compatriotas, éstos llenos de ardimiento la siguen, buscan las huestes de Abderramen, trábase la pelea.

Esforzados son los moros,
bien luce el hierro en sus trajes,
sus contrarios van sin hierro,
pero son de Roncosvalles!

¡No hay pues que temer! Pelearán hasta exalar el último suspiro, y cuando se lucha resuelto á morir, es segura la victoria: además Jimena, la heróica y desgraciada Jimena, combate á su lado, los llama, los excita, es la primera en descender del monte para acuchillar á los moros que ya vacilan: y ante tan alto ejemplo,

Todos la siguen, y todos
tiemblan al pisar el cerro,
los navarros. . . . de corage,
los cordobeses. . . . de miedo!

La derrota de los cordobeses se hace por fin segura, Abderramen la contempla lleno de ira, pero tiene que ceder y buscar su salvacion en la fuga: un rio detiene su paso. ¡Terrible contrariedad para el vencido Monarca, pero más terrible aún porque Jimena le persigue! Lánzase el moro á las aguas, pero en el mismo instante,

Ella con nerviosa diestra
despide mortal acero.

Y herido de muerte, se hunde el Monarca en el rio, y

Bastaron seis piés de limo
á quien despreciaba un reino.

¡Jimena está ya vengada! Pero la alegría no volverá nunca á su corazon, huye de sus amigos á quienes ha dadola victoria, arroja al rio sus vencedoras armas, precipita á su corcel por los empinados riscos de los montes, y desaparece al fin entre la compacta sombra de la selva. Sus deudos la llaman, pero no escucha sus voces; el Valle que la vió nacer, la reclama como su mejor ornato, pero ella le abandona. ¿A dónde vá? ¿Qué cumple hacer á los suyos ante su huida? El autor responde por ella en los siguientes inspirados versos:

Montañeses de Navarra,
los que visteis su heroismo,
tornad á vuestros hogares
entre luto y regocijo.

Dejad la sangrienta maza,
volved el puñal al cinto,
y por los himnos de amores,
trocad los guerreros himnos.
¡Pero allá cuando en la noche
se oiga del viento el gemido,
y el caño, helador invierno
páre el curso de los ríos....
pensad que están bajo de ellos
los monarcas enemigos,
y Jimena... está llorando
en la tumba de su Íñigo!

Por estos sublimes y últimos rasgos podrá comprender el lector la sencillez y grandeza del poema Olant. El Sr. Olóriz toca en él todas las fibras del heroísmo y del sentimiento, y con una expresión llena de calor y de movimiento, con una forma verdaderamente intachable, produce honda impresión en el ánimo, y demuestra que en la senda que ha emprendido sabe marchar á pasos de gigante.

No tan concreto en su concepción, pero si tan feliz en inspirados conceptos y casi más puro si cabe en la forma que los dos romances anteriores, es el último de este libro intitulado «Pamplona.» Hay sobre todo en él una situación terrible y conmovedora, una situación en que se pinta con tan vivos colores el heroísmo, que no puedo menos de llamar sobre ella la atención de mis lectores.

Pamplona está cercada por la morisma, D. Sancho recibe un mensajero con la nueva fatal, y apréstase á ir en socorro de los sitiados, exclamando:

Rcauenen pues los clarines,
tráiganme el negro caballo,
el que gané en Roncesvalles,
el que perdió Cárlo-Magno.
El que el honor despedaza
del moro, hajo sus cascos,
pues tiene en sus herraduras
metal de un oetro africano.

Pero es en lo crudo de el invierno: D. Sancho y los suyos tienen que trasponer altísimos montes cubiertos de nieve, tienen que

atravesar prolongados desfiladeros, llenos quizá de profundos abismos engañosamente cubiertos por los compactos copos, y esto en medio de las sombras de la noche, cuando no puede señalarles camino ni el vacilante y tibio fulgor de las estrellas, cuando el helado huracan azota el rostro y convierte en fría lluvia el aliento, y empuja quizá á la terrible avalancha arrastrándola al abismo en tremendas sacudidas. Así sucede en efecto; la avalancha se agita, se mueve, empieza á descender, el autor comprende la terrible situacion de aquella exigua hueste que vá á ser aplastada por el alud, vuélvese hacia su temerario caudillo, le llama con gritos de dolor, le dice:

Huye!... las vecinas rocas
te ampararán; mas... ¿qué esclamas?
¡que huir es voz extrangera
que nadie entiende en Navarra!
¡Ah! qué intentas? ¡esperarlo!
si á su choque el roble salta
como saltan las astillas
al rudo golpe del hacha!
¡Teme su empuje violento,
que es por lo fatal borrasca,
por el són mar despeñado
y exhalacion por lo ráudal!...
Si, ya viene! hacia ti rueda!
no es el laud el que baja
es todo el monte abrumado
por el peso de tu fama!...

Elocuente es el rasgo final de esta imprecacion, pero no mueve la firmeza del heróico Rey; precipitase en fin el alud sobre los soldados, la mayor parte mueren envueltos en su helada mortaja. D. Sancho queda casi sólo, llora quizá por sus valientes, pero sin vacilar ni un punto, vuélvese á los pocos que respetó la desgracia, y grita:

¡Montañeses! si os dá espanto
lo terrible de la hazaña,
matad á quien os arriesgu
por el honor de la patria.

Los intrépidos montañeses le aclaman y le siguen, pocos

son los que llegarán á socorrer á Pamplona, pero su heroísmo
los agiganta y

¡Quien vence á los elementos
puede humillar una raza!

Despues de esta heróica situacion todo quanto añadiera se-
ria pálido; D. Sancho y los suyos vuelan en socorro de la Ci-
udad, y cuando ya los sitiados haciendo una salida, habian em-
peñado tremenda lid con los sitiadores, cuando abrumados por
el número ván á sucumbir, cuando los moros lanzan sobre ellos
sus ligeros corceles para producir la dispersion, entra el valiente
Rey en la lucha seguida de su hueste y

¡Como el leon se revuelve
rayo haciendo de su espada!
No hay resistencia á su empuje,
no hay contra su acero adarga,
cachá á su paso vencidas
las banderas africanas;
y hollando las medias lunas
su corcel sobre ellas marcha
¡que bien puede hollar banderas
quien lleva un cetro en las plantas!

Al verlo los suyos luchan
con invencible pujanza;
él grita: ¡adelante! y ellos
hieren, postran, rinden, matan!

Y los altivos alarbes
que en la fiebre de su audacia
que era poco el ancho mundo
para su valor juzgaban;

Ya impelidos por el miedo,
que es abrumadora carga,
tiran sus fuertes broqueles,
en tierra arrojan sus armas,

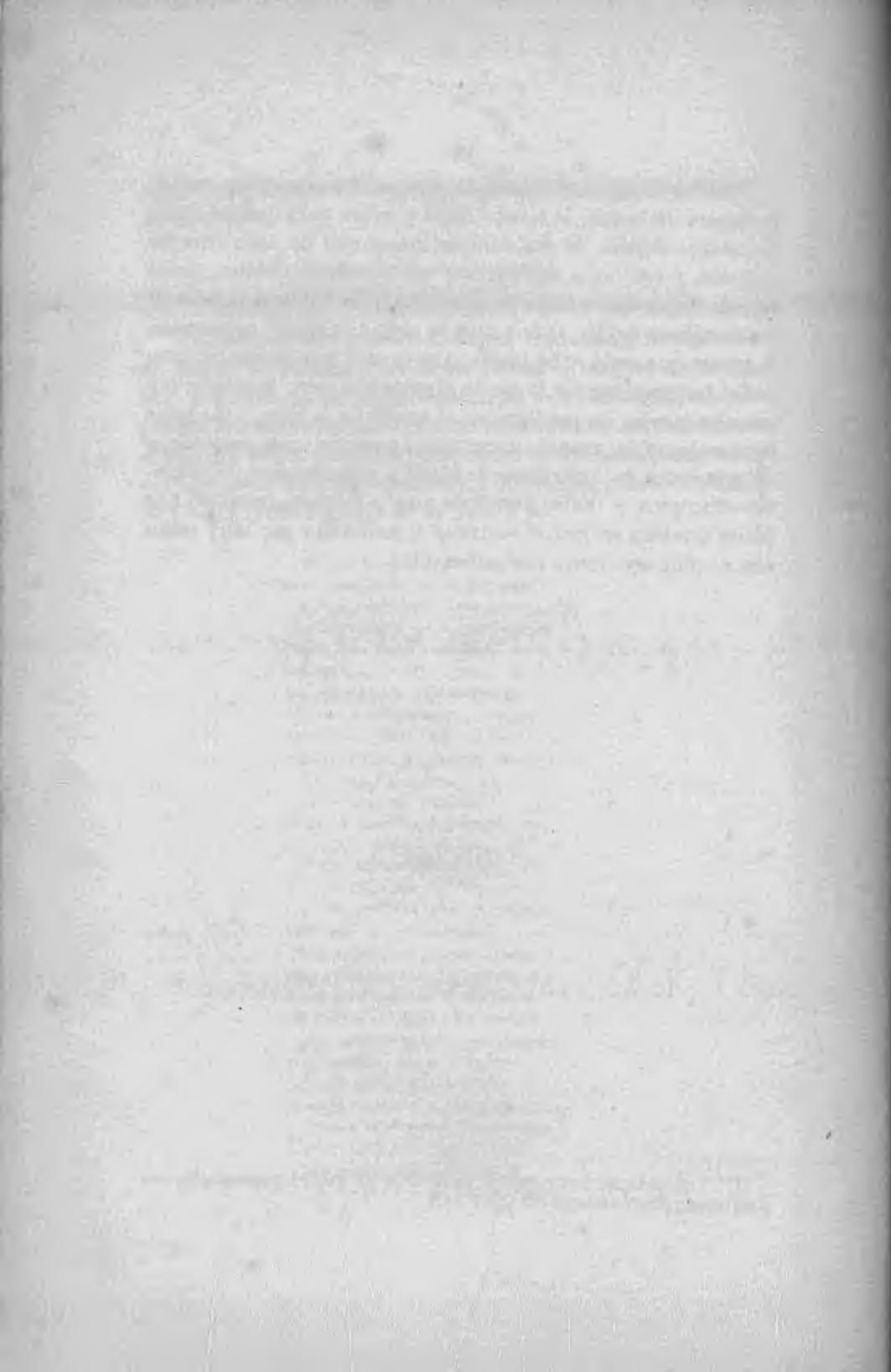
Por correr más se atropellan
y gritando: ¡Alé nos valga!
chocan entre si; derriban
los del centro á la vanguardia.

Los medrosos á los débiles,
á los más fuertes las masas,
á las masas los caballos,
y á los caballos... ¡Navarra!..

Me he estendido demasiado y no es bien que canse más la paciencia del lector; lo citado basta y sobra para que se comprenda el mérito de las composiciones que de todo corazón aplaudo, y con todas mis fuerzas recomiendo al público; quizás he sido demasiado prolíjo en mis citas, pero tal es la belleza de los romances del Sr. Olóriz, que la pluma se siente arrastrada, y parece que nada se ha citado si no se cita y se trascrcribe todo; podrá haber quien me tache de apasionado; pero responda por mí á los ojos de los inteligentes el mérito de la obra, y diganme si no es digna del mayor elogio la que encierra tanta inspiración en una época de positivismo de ideas y alambicación de vulgares conceptos, y tantos versos de pura y correcta forma en una época también en que el romance es cultivado por muy pocos con su propia y clásica estructura. (1)



(1) Entiendo aquí por clásica, la manera de hacer, como se dice hoy día, de nuestros autores del siglo XVII.



RONCESVALLES.

For the Royal Society
and Dr. Johnson's
Society
of Antiquaries,
London.

To the Society
of Antiquaries,
London.

Testimony

RONCESVALLES.

I.

En el erguido Altoviscar,
En ese monte soberbio,
Un sordo rumor se escucha
Repetido por cien ecos.

En las ásperas vertientes
Del Pirene gigantesco
Se vén gentes de combate,
Guerreros.... y más guerreros.

Y se vén nubes de polvo
Subir hasta el firmamento,
Y de las bruñidas armas
Innumerables reflejos.

Vascones! los frances pisan
 Como amigos vuestro suelo,
 Plegue á Dios no os traiga males
 La amistad del extranjero.

La luna muda cien veces,
 Cien veces varía el cielo,
 Y si luna y cielo cambian,
 Qué mucho lo haga un afecto....?

Oh!... despierta pátria mia
 De tu letárgico sueño,
 Mañana, será ya tarde,
 Será tarde y hoy es tiempo.

Despierta, oh patria! despierta,
 Y hecha un volcan, un incendio,
 Abrasa y destruye á Carlos
 Que va á encadenar tu cuello.

Si mueres en la pelea
 Con dignidad habrás muerto,
 ¡Pero no vivas esclava
 Tú, que no tuviste dueño!

Así esclamaba un anciano,
Extraño contraste haciendo
Con el rayo de sus ojos
La nieve de sus cabellos.

Mientras hacia el campo franco
Un sin número de cuervos
Vuela, turbando el reposo
Con graznidos agoreros.

III.

Con los brazos sobre el pecho
 Fija en tierra la mirada,
 La amargura en el semblante
 Y en el corazon la rabia;

Entre las dispersas ruinas
 Que ayer gigantes murallas,
 Eran miedo del contrario,
 El Rey D. Iñigo marcha.

De su corazon, la furia
 Sordos gemidos arranca,
 Y en el mirar de sus ojos
 Irsele parece el alma.

La luna reina en el cielo,
 El silencio en las montañas,
 Y en el corazon de Arista,
 El deseo de venganza.

Mudo es su afán, mas tormentas
 Anuncia quizá tan bravas,
 Como aquellas que las olas
 Contra los cielos levantan.

Muerte dicen los rugidos
 Que de su pecho se escapan;
 Y su rostro dice muerte
 Lo mismo que su mirada.

Por fin lleno de corage
 Hacia Pamplona levanta
 Los ojos el Rey, y dice
 Con voz ronca estas palabras:

«No viertas llanto Pamplona
 Por estar desmurallada,
 Yo te haré muros más fuertes
 Con los hierros de mis lanzas.

No temas á Carlo-Magno,
 No te aterren sus hazañas,
 Que si con aleves artes
 Presumió rendirte esclava;

Cuando á las voces de guerra
Se estremezcan las montañas,
Y le aterre al Pirineo
El fragor de la batalla;

Cuando en lugar de vilezas
Decision y fuerzas valgan,
El mundo verá quien vence,
Si la Vasconia ó la Francia.

Dijo, montó en su caballo,
Le hostigó, rompió la marcha,
Y en presurosa carrera
Se internó por las montañas.



III.

A la sombra de una encina
 Y sobre el tronco de un árbol
 El buen Rey Iñigo Arista
 Sentóse reflexionando.

Su venerable cabeza
 Apoya en entrambas manos,
 De su cinto pende un hacha,
 Y una injuria de sus lábios.

A sus piés está su perro,
 Más distante su caballo,
 Su pensamiento.... ¿quién sabe?...
 El alma no llena espacio.

Augusto Rey, qué te aqueja?
 Jamás suspiraste tanto,
 Y son fuego tus suspiros,
 Y tus miradas son rayos.

Qué intenso dolor te aflige!
 Qué pesar te está agobiando
 A tí el noble entre los nobles,
 A tí el bravo entre los bravos.

Mucho miras á Ibañeta,
 Guay si alguno te ha agraviado,
 Que si hay palabras que abrumen,
 Hay silencio que da espanto.

La tempestad de tu pecho
 Tus ojos la están mostrando
 Y hasta los colores huyen
 De tu semblante aterrados.

¡Rey Arista, Rey Arista,
 Bajo Ibañeta hay contrarios,
 Peñascos sobre Ibañeta,
 Y la muerte en los peñascos!

Si el viento precipitara
 Esas rocas.... ¡Oh! qué estrago...
 Aludes de piedra fueran
 Y sepulcro de los francos.

Sierpe de bruñido acero
 En terreno tan quebrado
 Vendrá á ser la hueste inmensa
 Que acaudilla Cárlo-Magno.

Todo en ella es alegría,
 Todo gozo y entusiasmo;
 Porque ¿quién vuelve á la patria,
 Sin que se le alegre el ánimo?

¡Y tú, Cárlo-Magno, ¡juzgas
 Que no se venga el agravio?...
 ¡Tras el crimen va la pena,
 Tras el oriente el ocaso!



IV.

Desabrida está la noche,
 Cae á torrentes la lluvia,
 Todo es tinieblas, y el viento
 Desencadenado zumba.

Del oleage encrespado
 El bosque imita la furia,
 Y en las cavernas del monte
 El lobo aterrado ahulla.

Del rayo á la luz sangrienta
 Un ginete se vislumbra,
 Que en negro corcel camina
 Galopando en las alturas;

Rápido el bridon avanza
 Vertiendo copos de espuma,
 El trueno le precipita,
 Y el relámpago le alumbría.

¿A dónde vá el caballero
 En medio la noche oscura?
 ¿Qué anhelo ardiente le guía?
 ¿Qué fuerza estraña le impulsa?

Tal vez presa de un delirio,
 Si no corre á la ventura,
 Odio tomó á la existencia
 Y vá de la muerte en busca.

Pero nó; vedle en el bosque,
 Pára su corcel, modula
 Un grito, y otro contéstale
 Que pavoroso retumba:

Varios mancebos entonces
 Salen de entre la espesura,
 Y al llegar dó está el ginete
 Con respeto le saludan.

Sigue tras esto una pausa,
 Nadie el silencio perturba,
 Hasta que habla el caballero
 Diciendo así con voz ruda:

—Bien sabeis que Cárlo-Magno
 Tiró los muros de Iruña,
 Y que no puede Vasconia
 Vivir deshonrada nunca;

Porque ha humillado á otros pueblos,
 Que ha de esclavizarnos jura,
 Y yo tambien he jurado
 Por mi nombre, abrir su tumba.

¡Vascones, en las montañas
 Gritos bélicos se escuchan
 Y amedrentados los ecos
 Van repitiendo la injuria!

Inviolado Pirineo,
 ¿Vendrá tu cerviz augusta
 A encadenar Cárlo-Magno
 Y á encadenarla sin lucha?

¡No tendréis selva ni choza
 A sus miradas oculta,
 Y hará á vuestros hijos... siervos,
 Y á vuestras mugeres... suyas.



No tendréis paz, ni reposo,
Ni libertad, ni ventura,
Porque, quien vive sin honra,
En vano la calma busca!

¡Al arma, pues, los que alienten
Con honor y con bravura;
Al arma cuantos estimen,
En algo ser Euskauldunacs!

¡Altoviscar os espera,
La justicia os presta ayuda,
Mostrad, pues, que sois vascones...
Y que no sufrís injurias! —

Calla el Rey, porque es Arista
Quien tales frases pronuncia,
Y á una voz responden todos
Que están ansiosos de lucha;

Luego el grupo se disuelve,
Piérdese entre la espesura,
Y por la noble Vasconia
Gritos de muerte se escuchan.

V.

Trina el ruiseñor, la luna
 Solitaria y misteriosa,
 Rige su imperio de estrellas,
 Que se pierde entre las sombras.

Todo está en calma dormido,
 Todo en silencio reposa,
 Y Blanca, la pobre niña,
 En brazos de su amor llora.

¡Escuchais su voz? Sí, es ella
 Que en la noche melancólica
 Habla, como hablan sin duda
 Los ángeles en la gloria.

Sirvele de regio alcázar
 Naturaleza orgullosa,
 Y de lámpara la luna,
 La primavera de alfombra.

En la nieve de sus manos
 Una lágrima se posa,
 Como gota de rocío
 En pétalos de magnolia;

Su acento es triste, muy triste,
 Es cántiga melodiosa,
 Que un espíritu en las cuerdas
 De un arpa invisible entona.

¡Qué cruel eres dueño mio,
 Dice, con la que te adora,
 Pues más que su vida aprecias
 El laurel de la victoria.

A mi con tu amor bastárame,
 Bastárame con sus glorias,
 Pero ¡ay triste! á tí mi afecto
 Ni te mueve, ni te importa.

—Blanca, replica el mancebo,
 Vé que me llama Vasconia,
 Vé que al fin la patria..... es madre
 Y ser esclavo deshonra.

—¡Y mi amor? dice la niña
 Suspirando temblorosa,
 ¿Mi amor acaso no es nada?
 —Vé que el deber nos convoca.....

—Es verdad; ceder es fuerza,
 Aléjate sin demora,
 Que pues el deber te llama,
 No he de ser yo quien se oponga.

Mas si en la lucha pereces,
 ¡Plegue á Dios me vuelva loca,
 O el dolor mi vida acabe,
 O el puñal mi pecho rompa!

—¡Ah! no temas Blanca mia,
 Tu amor la vida me abona,
 Y pues nuestra es la justicia,
 Nuestra será la victoria.

—Bien dices, si, ya no temo,
 Tu fè calma mi zozobra
 Y espero volver á verte
 Libre y cubierto de gloria!.

—¡Así te quiero bien mio!
 ¡Así mi pecho te adora
 Con varonil entereza,
 No con el alma medrosa!

¡Cuando en la cercana lucha
 Su pendon alce Vasconia,
 No habrá acero que lo abata
 Ni furores que lo rompan!

¿Quién parará en su carrera
 Al alud que se desploma,
 Al rayo que hiende el aire,
 Ni á la mar que se desborda?

¡Los frances nos han vendido,
 De nuestra amistad se mofan.....
 ¡Oh! por cada carcajada
 - Torrentes de sangre corran!

Hoy esta voz se ha escuchado:
 Leones de la Vasconia,
 Es menester que se pruebe
 Si han muerto todos en Osma;

Mañana en el Altoviscar
 Podréis recobrar la honra,
 Vil es el que allí no acuda
 Y á rescatarla no corra!

- Oh! si, sin honor no hay vida!
- Será mi ausencia muy corta.
- Lucha y á mis brazos vuelve.
- Tus brazos serán mi gloria.

Dijo y la estrechó en su seno,
 Bajó su frente la hermosa,
 Él puso en sus rojos lábios
 Un beso, y luego una sombra

Vióse salir de la selva,
 Y con marcha presurosa
 Caminar hasta perderse
 Entre las montañas próximas.



VI.

¡Qué espantoso ruido es ese
 Que en el Altoviscar nace,
 Y semeja al estallido,
 Horrible de cien volcanes?

Cúbrese el cielo de nubes,
 El mundo en furores arde,
 Carlo-Magno en sobresaltos,
 Y Vasconia en tempestades.

Las rocas sembrando muertes
 Se derrumban formidables,
 Y en tremendas sacudidas
 El desfiladero barren.

¡Ay de la ambicion de Carlos!
 ¡Ay de sus potentes haces,
 Que al empuje de Vasconia
 Caen envueltas en su sangre!

Para esclavizar á un pueblo
 No basta, nó, el ser audáces,
 Ni el usar armas vistosas
 Para tener almas grandes.

Muy pocos son los vascones,
 Pero anhelaban vengarse,
 Y sabrán lograr el triunfo,
 O morir en el combate.

Armas les prestan los riscos,
 Aliento su sed de sangre,
 La libertad osadia,
 Y decision el corage.

En vano los frances luchan,
 Que es su empeño en este trance
 De llama que va á extinguirse,
 Ráfaga de luz brillante.

Ya el decaimiento empieza,
 Ya el temor crece, ya el áspid
 De la zozobra en sus pechos
 Les cita á fuga cobarde.

Para humillar á Vasconia
 Esa es la gente que traes?
 ¡Cuando los leones rugen
 No hay lobo que no se espante!

Cárcel, mal dia te aguarda,
 Pues de tu gloria el radiante
 Sol, cuya luz llenó el orbe....
 Agoniza en Roncesvalles!

Victoria gritan, Victoria,
 Tus enemigos triunfantes,
 Y á sus voces caes vencido
 Aunque te cerquen Roldanes.

¡Huye pronto Carlo-Magno,
 Que hay nombres que son fatales,
 Y hay ambiciones que matan
 Por bastardas ó gigantes!

Arista, el Rey de Vasconia,
 El que no tiene rivales,
 El que no cuenta enemigos,
 Te acosa, te va al alcance....

Roldan ha muerto, Oliveros
Cayó tambien con tus pares,
¡La fuga es la única puerta
Carlos que puede salvarte!



VII.

La azucena de Andresharo
 Está de sangre teñida,
 En el cielo hay tempestades,
 En el Universo envidia.

Sobre Altoviscar hay muertos,
 Sobre los muertos hay iras,
 Y sobre el pendon de Francia
 Las indomables aristas.

En mal hora Francia vino
 A montañas tan altivas,
 En las que muerte no dice
 Lo que dice la ignominia.

Mal sino trajo á sus huestes,
 Mal estaban con la vida,
 Cuando al leon despertaron
 Del letargo en que yacia.

Vasconia es patria de libres,
 Los libres no se conquistan,
 Esto bien lo dice el miedo
 Y el estrago de sus filas.

Corre, vuela, Carlo-Magno,
 Por el erguido Altoviscar,
 Miéntras con letras de sangre
 Dejas tu vergüenza escrita.

Las rocas por donde corres,
 Tiemblan cuando tú las pisas
 Porque temblores de rabia
 Son hijos de la mancilla.

Cuidáras saber donde entras
 Y no te aconteceria,
 Hallar deshonor y muerte
 Do hallar creiste honra y vida.

Qué es hoy de tu gente, Carlos?
 En vano tiendes la vista,
 Que al que el acero respeta,
 La vergüenza le asesina.

Quieres más, rey Carlo-Magno?
De esa hecatombe infinita
Tu fuiste causa, y tú, solo,
Vuelves á Francia con vida.

Vé pues, y á tus fracos diles,
Que no sueñen en conquistas,
Que los rayos matan siempre,
Y que hay pueblos que los vibran.



VIII.

El silencio de las tumbas,
 Ese silencio que aterra,
 Existe en el Andresharo,
 Altoviscar ó Ibañeta.

Sus moribundos fulgores
 La luna envía á la tierra,
 Y lo que miran los ojos
 Al corazon amedrenta.

Que nó por ser enemigos
 Tenemos almas de piedra,
 Ni vive nuestro corage
 Más que dura la pelea.

Aquel bellísimo prado
 Que tapizaba la yerba,
 Hoy hirviendo en sangre, al alma
 De horror y lágrimas llena.

Se vén millares de muertos
 Aplastados por las peñas,
 Y armaduras en pedazos,
 Y destrozadas banderas:

Se vén desmembrados troncos,
 Y cercenadas cabezas,
 Todo inmóvil, todo muerto,
 Todo espanto de la tierra.

Ay! cuántas madres sin hijos,
 Sin amor cuantas doncellas,
 Cuanto hermano sin hermano
 Por una ambicion se queda.

Esa juventud bizarra,
 Esa juventud guerrera,
 Que acudia á los combates
 Como se acude á una fiesta;

Esos que hubieran tenido
 A salirles bien la empresa,
 Algo más de nombradía
 Por única recompensa;

Los que al Sajon y al Lombardo
 Vencieron en la pelea,
 Y amedrentaron al mundo
 Con su indomable fiereza,

En dónde están? qué se han hecho?
 Ninguno de ellos alienta,
 Y Carlo-Magno está en salvo
 Cuando por él fué la guerra.

¡Oh Carlos! peor mil veces
 Que la más cruel de las fieras,
 Si no has llorado tu crimen
 Vé á Roncesvalles y..... tiembla!

Allí verás de Vasconia
 La inviolable independencia,
 Labrada á pesar de Francia
 Con la sangre de sus venas.

Allí verás mil espectros
 Que te acosan y te cercan,
 Y llamándote ¡asesino!
 Profundas heridas muestran.

Allí escucharás un eco,
Que recordando tu afrenta
Murmurará en los sepulcros,
Abiertos por tu soberbia:

¡Ay del que ambiciones sueñe
Y á la Vasconia se atreva,
Que habrán de ser otros tantos
Roncesvalles, cada selva!



OLANT.



OLANT.

I.

¿A dónde marchas rey moro?
¿A dónde van tus corceles?
¿No ves que la muerte dejas,
Y vas á dar con la muerte?

Abderramen, vuolve grupas,
Si los de Francia te vencen,
¿Qué esperas de los navarros
Que humillan á los franceses?

Si traspones la montaña,
No la vida, el reino pierdes,
Y se deben á sus pueblos
Mas que á sí propios los reyes.

Vé que Roma la soberbia,
 La poderosa, la fuerte,.....
 Halló en Osma y Calahorra
 Desventuras por laureles.

Que el invicto Carlo-Magno
 Dejó en Navarra su hueste,
 ¡Y donde hubo un Roncesvalles,
 Es fácil que vuelva á haberle!....

Que de Córdoba la hermosa
 Ya no verás las mugeres,
 Ya no verás la Mezquita
 Con sus altos minaretes!

Si cruzas el Pirineo,
 Desgraciada de tu gente,
 Ese reino está maldito
 Para el que á su honor se atreve.

Y si á pesar de mis ruegos
 Ir sobre Navarra quieres,
 Verás si es miedo ó prudencia
 Lo que mis consejos mueve.»

Así el buen Zaide aconseja
A Abderramen, que en voz breve
Le replica.... ¡Dios es grande!
¡A Navarra..! ¡Es nuestra suerte!



II.

Dos dias hace que Iñigo
 Fué camino de la sierra,
 Y otros dos que está llorosa
 Su enamorada Jimena.

Miradla allí; en su mirada
 Parece que el alma enferma
 Dice: ¡suspirad amores,
 Que padeco vuestra dueña!

Alza los turbados ojos,
 Y de pesadumbre llena
 Dice la cuitada niña
 Que llorá males de ausencia:

«Dos dias hace que Iñigo
 No me enamora ni alegra,
 Y aunque me juraba afecto,
 Poco siente, pues me deja.

Quien olvida su cariño
 Por correr tras de las fieras,
 Y más que de amor se cuida
 Del venablos y las saetas;

Quien gusta de oír rugidos
 Más que de oír voces tiernas,
 Y prefiere á mi semblante
 La lobreguez de la selva;

Quien por ir á sus placeres
 Mis placeres atropella,
 Y goza, ingrato, bebiendo
 En la fuente de mis penas;

Quien está ciego á mi llanto,
 Quien está sordo á mis quejas,
 Quien no muestra en sus acciones
 Lo que en sus palabras muestra....

Quien dejándome entre duelos
 Va á sitios donde se alegra,
 No me quiso, y de quererme
 No me dió ni falsas pruebas....

Dulce dueño de mis ojos,
 Deja la lid con las fieras,
 Y así Dios te dé venturas
 Como suspiros me cuestas.

Ven... si las sombras te placen,
 Sé yo tan umbria selva,
 Que por su follage espeso,
 Ni el sol ni el aire penetran:

Tiene en esas soledades
 El agua más transparencia,
 La rosa mejor fragancia,
 Y el ruiseñor más terneza.

Ven.... y escuchemos del ave
 La enamorada querella
 Que con su dulce armonía
 Los sentidos enagena.

Ven!... nos dará el césped lecho,
 Aromas la primavera,
 La paz del bosque alegría,
 Y el amor su dulce néctar.

Mas... ¡ay!.... en vano te llamo,
Que harto me dice tu ausencia,
Que las voces de mi pecho
Al tuyo falso no llegan.»

Dijo y callo la cuitada
Cuanto hermosa Roncalesa,
Por dar término á sus voces
Que no le tiene su pena.



III.

Murió Iñigo, el extranero
 Le asesinó en la montaña,
 ¡Que lo que el valor no puede
 Lo puede siempre la infamia!....

A cazar salió el mancebo,
 ¡Nunca saliera de caza!
 El... perdió en ella la vida,...
 Y Jimena... perdió el alma!

Pobre tórtola que gimes,
 ¿A quién suspiras, ni llamas,
 Si ántes de llegar al cielo
 Quiebra el aire tus palabras?

¡Ay Jimena! la ventura
 Apénas su huella marca,
 Miéndras que estan las desdichas
 En firme roca talladas.

Pobre niña sin consuelo.....
 ¿Qué te diré en tu desgracia?
 ¡Para tan hondos pesares,
 Solo en Dios hay esperanza!..

Esto le dijo un anciano,
 Y cuando la desgraciada
 Se vió sola, de esta suerte
 Mostró su amor y sus ánsias:

—Iñigo, luz de mis ojos
 ¿Porqué la suerte tirana
 Quebró la ilusion de un sueño
 Refugio de nuestras almas?....

Ah! que fueron nuestros goces,
 Y nuestras horas de calma,
 Flores que un sol vivifica,
 Y el siguiente sol abrasa.

Sin tí, la existencia es muerte,
 Tu desgracia es mi desgracia,
 Y el tiempo.... una noche eterna,
 Eterna!... como mis ánsias.

Ya solo se abren mis lábios
 Para expresar lo que te aman,
 Y estos tristes ojos mios
 Para verter una lágrima.

El son de tus dulces trovas
 Ya no alegra mi velada,
 Ya ni los ecos percibo
 De tu amorosa palabra.

Pero porqué me consumo
 En llanto inútil bañada?
 Truéquense en ira mis duelos,
 Borre el pesár la venganza,

Y asombro del orbe sea
 Mi furor, cuando en mi patria
 Despierte mi acento el odio
 Que las medias lunas barra!

Dijo, y entró en la espesura
 Solo de fieras poblada,
 Que no amedrentan peligros
 A quien la muerte no espanta.



IV.

No con olorosas flores
 Está adornada Jimena,
 Porque muertas las del alma
 Toda flor le da tristeza.

Vestida se halla de negro,
 Como cuadra á su dolencia,
 Y empuñando agudo dardo
 Como quien va en son de guerra.

Ya su regalada boca
 Desde su fortuna adversa,
 De nido que era de amores,
 Se ha vuelto cárcel de penas.

Ya ni suspira, ni llora,
 Ni de su dolor da cuenta,
 Que para tal sufrimiento,
 Pequeño alivio es la queja.

Aquel dulce sonrosado
 Que sus mebillas tuvieran,
 Lo borró el llanto, que nunca
 Debió amargar su existencia.

Mas á quien muriendo vive....
 ¿Qué le importa la belleza?
 ¿Quién da remedios al cuerpo,
 Cuando es el alma la enferma?

Pero vedla; allí aparece
 Cabalgando en su hacanea,
 Ardiente cual sus deseos,
 Cual su pesadumbre negra.

A toda rienda galopa
 Por entre jaras y peñas,
 No la detienen abismos,
 Alas sus iras la prestan.

Ya traspone la alta cima,
 Ya baja por la agria cuesta,
 Ya se la vé como un rayo
 Atravesar la pradera;

Y llegándose á la plaza
 Donde la villa está en fiesta,
 Dice á la asombrada gente
 Con voz triste, pero entera:

Hora es ya de que troquemos
 La diversion por la guerra,
 Hora es de empuñar las armas
 Enmudeciendo las lenguas;

Cómo! mientras el contrario
 En nuestra frontera reina,
 Andais en liviano juego
 Sin marchar á la frontera?

Al arma, al arma, navarros,
 Que por muy pronto que sea,
 Por muy pronto..... será tarde
 Para vengar tanta ofensa!

A estas horas el incendio
 Devora pueblos y selvas,
 ¡Sangre de moros lo apague,
 Pues moros hacen la afrenta!

Si sois hijos de Navarra,
 Arma las inermes diestras,
 Que en presencia de enemigos
 Dejar el acero es mengua.

Venid, la patria espirante,
 Dios, y el derecho lo ordenan:
 ¡No es cristiano quien no vengue
 Las profanadas iglesias!....

Quédense aquí los que adoren
 Más que su honor la existencia,
 Más que la patria la vida,
 ¡Si hay vida, donde hay cadenas!...

Y sigame quien anhele
 Herir la africana enseña,
 Y sobre banderas moras
 Enclavar nuestra bandera!

Dijo así, y al punto mismo
 Burgui cambió de apariencia,
 Y en voz de sones alegres
 Se oyeron cantos de guerra.

V.

Ese ruido que producen
 Los hierros al encontrarse,
 Ese es el ruido que brota
 De lo profundo del valle.

En él se ve al agarenó
 Loco y ciego de corage,
 Como el león que despierta
 Prisionero en férrea cárcel.

— Viniste lleno de galas
 Como quien á zambras sale,
 A triunfar vengo, decías,
 ¡A morir viniste alarbe!

Recuerda lo que te dijo
 El valentísimo Zaide,
 Zaide.... á quien hoy ven tus ojos
 Envuelto en su propia sangre!

Qué te dijo?.. ¡Pero mira
 Aquel monte!..... ¡Como barren
 Las peñas en fieros tumbos
 Tus desgobernadas haces!

Si eres tan diestro y sereno
 Que á nada temes ni á nadie,
 Y en la lid como en las zambras
 Tu esforzado seno late;

Si al sol miras frente á frente
 Sin que tus ojos se empañen,
 Y eres águila á quien causan
 Desprecio las tempestades.....

Piensa en Zaide, vé sin miedo
 Temblar á tus capitanes
 Y di si su profecía
 No está escrita en sus semblantes.

Esto dijo Sarracino,
 Y requiriendo su alfange
 El Rey va hacia la montaña
 Gritando: ¡A mí los leales!

Allí van. Los Roncaleses,
 Al verlos, dejan audaces
 La cumbre y en la pradera
 Como una avalancha caen.

Esforzados son los moros,
 Bien luce el hierro en sus trages,
 Sus contrarios van sin hierro,
 ¡Pero son de Roncesvalles!

Al primer choque la tierra
 Se enrojece con la sangre,
 Y gime ante el duro peso
 De tanto y tanto cadáver.

Ya ni peñascos, ni jaras,
 Vuelan oprimiendo el aire,
 Mas despidiendo centellas
 Se encuentran hachas y alfanges.

Vasco, un montañés, que al verlo
 Huyen las fieras cobardes,
 Con cuatro moros de Córdoba
 Sostiene reñido trance.

Herido está y conteniendo
 Con su mano vida y sangre,
 Al mas audáz atraviesa
 Con el duro hierro.... y cae.

Sarracino lucha.... y lucha
 Con el valeroso Garde,
 El que ha matado á los moros
 Mas denodados y audaces.

Tiene los brazos desnudos,
 Arma su diestra un alfange,
 Y en sus rojos lábios flotan
 El sarcasmo y el corage.

Con su lanza juzga el moro
 Poner término al combate,
 Y dando un salto el navarro
 Hiere el corcel del alarbe.

Garde vence, pero huyendo
 Viene un escuadron á escape,
 Y en un punto vida y gloria
 Los ráudos potros deshacen.

Todo es confusión y gritos,
 Ya cejan los musulmanes,
 Ya se alfombra el ancho suelo
 Con los deshechos turbantes.

¿A dónde vas Rey de moros?
 ¿Huyes quizá del combate?
 ¿Tú por quien tantos feneцен
 Temes morir?.... Ah! cobarde!....

Huyes?... pues qué ¿no recuerdas
 Lo que respondiste á Zaide?
 Es el destino!.... ¡A Navarra!....
 Sí, ¡á Navarra!... ¡Dios es grande!...



VI.

Aun duraba la pelea,
 Y aun su abrumador estruendo
 Subia del hondo valle
 Al fragoso Pirineo.

Ríos de sangre corrian
 De Olant por el ancho suelo,
 Y la tierra palpitaba
 Bajo sábanas de muertos.

Todo era horror en el moro,
 Todo en el contrario fuego,
 Cuando gritaba Jimena
 Con acalorado acento:

Navarros, en la batalla
 Ni un instante reposemos,
 Y hagamos ver al contrario
 Lo que va de pueblo á pueblo.

Si es inmensa su osadía,
 Nuestro valor es inmenso,
 Y si el hierro los defiende,
 Nuestra voluntad es hierro.

Si luchan por conquistarnos,
 Por la tumba peleemos,
 Que allí..... todos son iguales,
 Que allí..... ni hay amos ni siervos!

Esto dice, y al ver que huyen,
 Marcha en pos de los soberbios,
 Con la injuria en el semblante
 Y la cólera en el seno.

Todos la siguen, y todos
 Tiemblan al pisar el cerro,
 ¡Los Navarros..... de corage!
 ¡Los Cordobeses..... de miedo!

.

¡A dónde marchas, Rey moro?
 ¡A dónde vas, agareno,
 Si en cada instante que pasa
 Reina la muerte en cien pechos?

¡Corre..... vuela..... no perdones
 A tu potro el duro acero,
 Ni en salvando la existencia,
 Repares en tus guerreros!

Mas si eres fuerte soldado,
 En dónde está tu denuedo?
 Si invasor, dónde tu hueste?
 Y si Rey, dónde tu cetro?

En el cielo tus miradas
 Fijas por hallar remedio,
 Sin advertir que lo injusto
 No se cobija en el cielo.

Tu honor seneció en el valle,
 Murió en el valle tu reino,
 ¡Plegue á tu Dios que no acabe
 Tu régia vida en el cerro!

Mas un anchuroso rio
 Te impide seguir huyendo,
 Y sus aguas turbulentas,
 Sus aguas.... te causan miedo.

¿Te paras, temes, vacilas?
 ¡Lánzate al rio, agareno,
 Que ya Jimena te alcanza,
 Y si te alcanza, eres muerto!

Ella al corcel pica espuelas,
 Y el bruto al sentir el hierro
 Segun su rápida marcha,
 Hijo parece del viento.

La vé el moro, ella le grita,
 Impónale al Rey su acento,
 Se turba, lánzase al rio,
 Juzgando evitado el riesgo.

Ella con nerviosa diestra
 Despide mortal acero,
 Y ántes que él diese en las aguas
 Carne y vida le ha deshecho!

Aplauden los montañeses,
 Y el río turbio y siniestro
 Le espera como á enemigo,
 Le aguarda como á extraniero.

• • • • • • • •

Cayó el moro del caballo
 Sirvióle el cauce de lecho,
 ¡Bastaron seis piés de limo
 A quien despreciaba un reino!

Dónde viniste...? ¿querías
 Del cielo obtener remedio?
 ¡Oh! no, Rey, lo que es injusto
 No puede venir del cielo.



VII.

¿A dónde, á dónde Jimena,
 Te lleva el pesár impío,
 Con la tristeza en el alma,
 Y en los ojos el delirio?

Vuelve.... vuelve....! porqué arrojas
 Tus nobles armas al río,
 Y á tu corcel precipitas
 Por los empinados riscos?

Pára el corcel, no le hostigues
 Jimena hácia esos abismos
 Tan profundos... que del dia
 Jamás los rayos han visto.

No ves que Roncal te llama?
 ¿No ves que ante tu peligro
 Los Etcheco-Jaunac lloran,
 Y tiemblan sus fuertes hijos....?

Mas ay! que ya entre lo oscuro
 De los pinares sombrios
 Se pierden las negras tintas
 De su potro y sus vestidos.

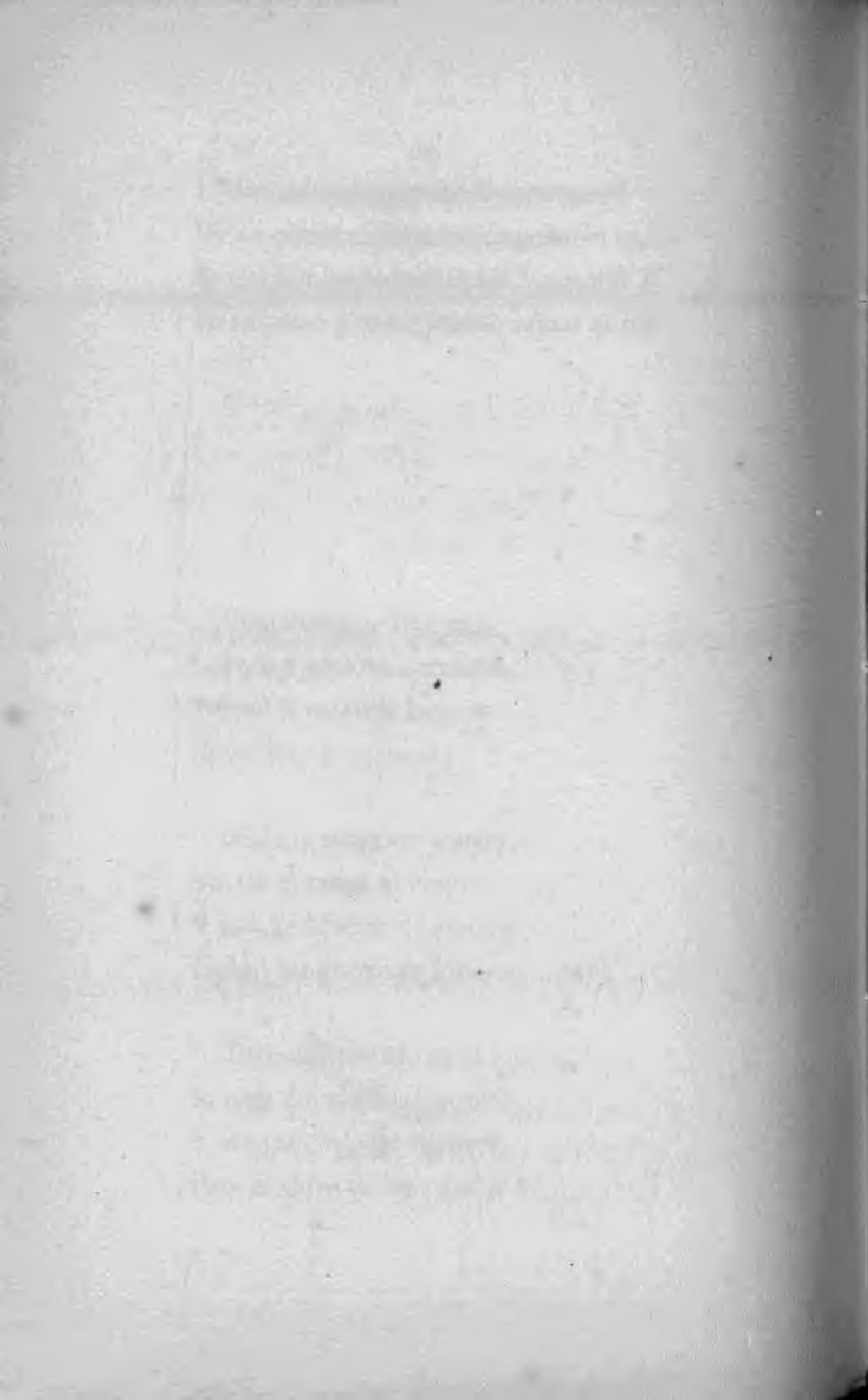
.

Montañeses de Navarra,
 Los que visteis su heroísmo,
 Tornad á vuestrós hogares
 Entre luto y regocijo.

Dejad la sangrienta maza,
 Volved el puñal al cinto,
 Y por los himnos de amores
 Trocad los guerreros himnos.

¡Pero allá cuando en la noche
 Se oiga del viento el gemido,
 Y el cano, helador invierno
 Pare el curso de los ríos....

Pensad que estan bajo de ellos
Los monarcas enemigos.....
Y Jimena.... está llorando
En la tumba de su Iñigo!



PAMPLONA.

АНОНСЫ

PAMPLONA.

I.

Porqué?.... porqué de la noche
Turban el grato silencio
Con triste son las campanas,
Con ardiente voz el pueblo?

A la vecina floresta
Pidió amparo el extraniero,
Que el crimen busca las sombras
Y la luz le causa miedo.

Pero al acercarse al muro
De centinelas cubierto,
Alzó rumores la marcha,
Despidió brillo el acero;

Y entre el rumor de los pasos
Se escuchó un grito siniestro,
Que no pudo la prudencia
Contener dentro del pecho.

Por eso notó el escucha
Su aproximacion; por eso
Tocando estan á rebato
Las campanas del concejo;

Por eso hierven las calles
En hidalgos y en pecheros,
Y los gritos de «¡A las armas!»....
Repite medroso el eco.

Ya entre las voces del moro,
Y entre el son del campaneo
Se oye el ruido que producen
Las armas rozando el suelo.

Ya se ve á los pamploneses
 Volando acudir al riesgo,
 Ya se coronan los muros
 De bizarros caballeros.

Allí alzar en son de guerra
 Se ve á D. Tristan de Yeso
 La enseña de los navarros
 Que mece orgulloso el viento.

Y entre la nube de flechas
 Que despidе el agareno,
 El despreciando el peligro
 Le dice con ronco acento:

«Moro: si tienes de fuerte
 Lo que tienes de soberbio,
 Y eres en la lid de guerra
 Como en la de amores diestro;

Si el acero de tu traje
 Guarnece entrañas de acero:
 Y lo que expresan tus gritos
 Lo ratifican tus hechos.....

Ven!... arroja el arco en tierra!...
 Desenvaina el frio hierro,
 Ven á escribir tus injurias
 Con sangre de nuestros pechos.

Asalta los rotos muros,
 Muestra en la ascension tu esfuerzo,
 Y sepamos lo que vales
 Frente á frente y cuerpo á cuerpo.»

Calló D. Tristan; la luna
 Por no ver el trance horrendo
 Hundió su faz entre nubes,
 Llenóse de sombra el cielo,

Perdió la lid su fiereza,
 Volvió á la noche el silencio
 Y de aquel rudo combate
 No se oyó mas el estruendo!



II.

«¡Al arma! ¡al arma! guerreros
 De la hueste de D. Sancho,
 Que si aqui es todo alegría,
 En Pamplona todo es llanto!

Dejad el mullido lecho,
 Vestid la malla y el casco
 Que en el Roncal perdió el moro
 Y en el Pirineo el franco.

No os detengan los amores,
 Ved que triunfa el africano
 Y pues Navarra sucumbe,
 Recordad que sois navarros.»

Así el mensajero dice,
 Y al escucharle, D. Sancho
 Le grita con voz de trueno
 Que impone á los mas osados.

«Buen Nuño: céso tu arenga,
 Porque á los pechos honrados
 Les precipita la injuria,
 Y no has menester de amaños.

Gime duelos con las damas,
 No arguyas á mis soldados
 Que no aman sino la gloria
 Que les cita en los rebatos.

Mira sus rostros; que juzgo
 Que no los miraste, anciano,
 Cuando no ves la tormenta
 Forjada por tus agravios.

Viérase aquí al enemigo
 Y tardáran en lanzarlo
 Lo que en desnudar la espada
 Tardar puede el ágil brazo.

Mas si nos reta en Pamplona
 Allí encontrará su daño,
 Sin que esos montes de nieve
 Pongan valla á nuestro paso.

Resuenen pues los clarines,
 Tráiganme el negro caballo,
 El que gané en Roncesvalles,
 El que perdió Carlo-Magno!

El que el honor despedaza
 Del moro bajo sus cascos,
 Pues tiene en sus herraduras
 Metal de un cetro africano.

Y en trasponiendo los montes
 Si el moro es dueño aun del campo,
 Hemos de cavar su tumba
 En el sitio de su agravio.

Dice así: la lanza pide;
 Ciñese coraza y casco,
 Y á la ancha plaza desciende
 Donde esperan sus soldados.

Ya monta en su negro potro,
 Sin corona va el navarro,
 ¡Mas no quiere otra corona
 Que la que lleva el contrario!

Alli va.... nubes de polvo
Le cercan, vivos relámpagos
Despide el brillante acero,
Trueno es la voz de su campo.

Alli va.... sombrío marcha;
Pero al recordar su agravio
Si va entre nubes y truenos,
En sus ojos lleva el rayo!....



III.

Rey D. Sancho!.. Rey D. Sancho!..
 ¡A dónde el furor te lanza?.....
 ¡Salvar quieres á Pamplona?.....
 ¡Si estás matando á Navarra!

Mira: oculta por la noche,
 Fatal la sima te aguarda,
 Y el resbaladizo hielo
 Sobre ella mueve tu planta.

Vuelve.... domina la furia
 Que arde en tu pecho, y repara,
 Que lo audaz toca al soldado
 Y lo prudente al monarca.

Vuelve... vuelve!.. pero es tarde...
 Escucha el rumor que avanza,
 Ese rumor mas terrible
 Que el de turbulentas aguas!

Escucha! la tierra cruge;
 Cómo nó?... si es la avalancha
 Que en horrendas sacudidas
 El cierzo al abismo arrastra!

Tiene del fatal sudario
 La blancura; el buho canta!....
 ¡Oh! ¡Quiera Dios que no sea
 El alud vuestra mortaja!

Huye!... las vecinas rocas
 Te ampararán; más... ¿qué exclamas?...
 ¡Que huir es voz extrangera
 Que nadie entiende en Navarra!....

¡Ah!... ¿Qué intentas?... esperarlo!
 Si á su choque el roble salta,
 Como saltan las astillas
 Al rudo golpe del hacha!...

¡Teme su empuje violento,
 Que es por lo fatal borrasca,
 Por el son mar despeñado,
 Y exhalacion por lo ráuda!....



Si... ya viene!... hacia ti rueda!...
 No es el alud el que baja,
 ¡Es todo el monte abrumado
 Por el peso de tu fama!

Huye.... la roca se agita
 Bajo tu pie, la montaña
 Se estremece... más que el riesgo
 Tu temeridad espanta!

Ya llega!... crugiendo viene....
 Da en la roca... se desgaja
 Con estrépito, y sus trozos
 Atropellan, hieren, matan!...

Allí va!... cuántos guerreros
 Con feroz impetu arrastra!...
 Ay!... el que fué negro abismo,
 Ya es mar de sangre cristiana!...

• • • • •

¡Todo es silencio! Y D. Sancho
 Con voz que el pesar le arranca,
 Dice á los pocos valientes
 Que respetó la desgracia:

«Montañeses: si os da espanto
 Lo terrible de la hazaña,
 ¡Matad á quien os arriesga
 Por el honor de la patria!

Mas... ¿Qué dije?... vive el cielo. . .
 ¿Quién sueña en volver?... Palabras
 Que deshonran... ¿desde cuándo
 Las pronuncia lengua euskara?

Montañeses!... adelante!
 No tembleis!... que en la campaña
 Quien vence á los elementos
 Puede humillar una raza.»

Esto dice el Rey D. Sancho,
 Y todos tras él avanzan,
 Que no cuidan del peligro
 Los que de vengarse tratan.

¡Mirad al Rey! Va pensando
En que aun vive quien le agravia,
Y por eso el que le mira
Ve que es triste su mirada.

Por eso juzgan sus deudos
Que le da temor su audacia
¡Temor!... pero ellos ¿qué saben
De los misterios del alma?...



IV.

Está callada Pamplona,
 El firmamento sin luna,
 En silencio la campiña,
 Y entre sombras las alturas.

Reina esa calma solemne
 Que las tormentas anuncia,
 Ese imponente silencio
 Que es precursor de la lucha.

Hora triste, en que los goces
 Del pasado nos abruman....
 ¡Hora sin nombre,... en que el alma
 Se siente llena de angustia!

El de Yeso, el noble anciano,
 Murió en la pelea ruda:
 ¡Jamás hubo tantos duelos
 En la Ciudad euskalduna!

Por eso el bronce cristiano
 Con eco lugubre zumba,
 Entre el son del ronco parche
 Y entre el clamor de la turba.

Por eso los pamploneses
 Ansiosos van á la lucha....
 ¡Van por sangre que humedezca
 Del noble Yeso la tumba!

¡Vedlos!... son fuertes cual rocas
 De granito; la apostura
 Sin ser orgullosa es noble
 Y es alta sin ser ruda.

Llevan erguidas sus frentes,
 Sus pechos sin armadura,
 Y sus serenas miradas
 Dicen que son euskaldunacs.

¡Allí van!... sus cabelleras
 Al viento del Norte ondulan,
 Y los hierros de sus armas
 Con nerviosa diestra empuñan.

Allí van los pamploneses,
 Allí van por la espesura,
 ¡Van por sangre que humedezca
 Del noble Yeso la tumba!....

Óyese en el campo moro
 Del clarín la voz aguda,
 Y la canción del guerrero,
 Y el crujir de su armadura.

De pronto, de los sitiados
 El grito de guerra zumba,
 Fuerte como el estampido
 De la nube en las alturas.

Los ve el moro; sus clarines
 Toques de alarma modulan:
 Ya el soldado está en su puesto....
 ¡Ah, cuánta faz se demuda!

Ya se avistan, llegan, chocan....
 Y parecen en su furia
 Dos leones que se embisten,
 Dos aludes que se cruzan,

Dos torrentes que al hallarse
Rugen, saltan, hierven, luchan...
Y hasta el alto firmamento
Arrojan su hirviente espuma!....



V.

Si bien lidia el africano,
 Bien el de Pamplona lidia,
 Porque ciegos de corage
 Ninguno aprecia su vida.

Lanzóle el moro una injuria,
 Ella despertó sus iras,
 Y estas al tajante acero
 Que vierte sangre enemiga.

Luchad... si!.. luchad... No importa
 Para borrar la mancilla
 Que sean pocos los buenos,
 Si son como los de Arista.

Luchad... y aunque os cierre el paso
 Inmenso bosque de picas....
 ¡Blandid con furor las hachas,
 Que el mayor bosque derriban!

¡Oh! Ya tiembla el africano
 Pero ya no tiembla de ira,
 ¡Que los furores acaban
 Donde empieza la agonía!

¡Sigue Aizubi!.. Junto al río
 Se halla Jarife el de Briscar,
 El que juró de Pamplona
 No la muerte, la ignominia.

Mas... ¿qué te importa su saña?...
 ¿Qué te importa su osadía,
 Ni que su acero haga estragos
 En las pamplonesas filas?...

Si él es gigante de cuerpo,
 Tú lo eres en bizarria;
 Si él es león... tú eres rayo!...
 ¡Abrásenle pues tus iras!

Parte Aizubi: ante su empuje
 Sus enemigos se agitan,
 Quieren detener su marcha,
 Es en vano.... abren sus filas....

Le ve el contrario y le espera...
 Los dos sus lanzas enristran,
 Y aunque sus lanzas son fuertes
 Saltan al choque en astillas.

Mas el potro de Jarife
 No sufriendo la embestida
 Cae.... y al verle el de Pamplona
 Desmonta, la adarga tira;

Saca el puñal.... va hacia el moro
 Este mañoso lo esquiva,
 Gira á un costado, le abraza....
 Y al rio se precipita....

Con su puñal el navarro
 Hiere en el cuello al de Briscar,
 Y existencia y sangre salen
 Revueltas por la ancha herida.

Huye el vigor de su pecho,
 De sus ojos huye el dia,
 Las aguas le dicen ¡Muerte!....
 Le ahoga su sangre misma!....

¡Libre está Aizubi!... mas... ¡Cielos!
 ¡Quién sus impetus domina
 É impide que sobre el Arga
 Flote su cerviz invicta?

¡Ah! que una zarza le tiene
 Más preso cuanto más lidia....
 Pero rompe sus cadenas
 Con violenta sacudida,

Y en el seno de las aguas
 Forceja, lucha, se agita....
 Sale á flote... cobra alientos....
 Bracea y gana la orilla.

Ya está libre; ya en su potro
 Monta y con afán respira:
 Tras las ánsias de la muerte
 ¡Qué dulce es sentir la vida!

Vedlo al frente de los suyos:
 El hierro en su diestra brilla,
 En sus lábios el corage,
 Y en sus ojos la osadía.

Salvar anhela á Pamplona,
 Derrotar á la morisma,
 Y entre sus nervudos brazos
 Ahogar al fiero Califa.

Pero... ¡ved al agarenó
 Que contra él se precipita!
 Hiriendo y matando viene,
 Flechas lanza, hierros vibra.

Pocos son los de Pamplona,
 Ya el moro cerca sus filas,
 Y aunque denodados luchan,
 Y aunque fieros acuchillan....

¡Es en vano!... como en vano
 Son las rudas sacudidas
 De la fiera que sucumbe
 Entre mil hierros cautiva.



VI.

Como el mar alborotado
 Sus olas hirvientes lanza,
 Contra el peñon de granito
 Que sus impetus contrasta;

Y apenas mueren, renacen;
 Mas con tan inútil rabia,
 Que una vez y otra le embisten,
 Y una vez y otra él rechaza....

Así al ir contra el navarro
 Son las turbas musulmanas,
 ¡Olas que lleva el corage
 A estrellarse en la montaña!....

Pero ¡ah!... por más que la peña
 Resista la marejada,
 Bajo el mar desaparece
 Si del mar crecen las aguas;

Y asi tambien el euskaro
 Con su indómita arrogancia,
 Se hundirá al fin del alarbe
 Bajo las crecientes masas!

Mirad, mirad como lucha! ...
 Mirad cuán fiero batalla!
 A Dios sus ruegos dirige
 Y al enemigo sus armas.

Ya á la carrera los moros
 Sus ráudos caballos lanzan,
 Los cristianos cierran filas,
 En tierra apoyan sus lanzas;

Mas antes que el rudo choque
 Diera fin á la batalla,
 Enmudece el enemigo
 Y sus alazanes pára.

Es... que entró en la lid D. Sancho,
 Es.... que con ardiente saña,
 Como el leon se revuelve
 Rayo haciendo de su espada,

No hay resistencia á su empuje....
 No hay contra su acero adarga....
 Caen á su paso vencidas
 Las banderas africanas,

Y hollando las medias lunas
 Su corcel sobre ellas marcha,
 ¡Qué bien puede hollar banderas
 Quien lleva un cetro en las plantas!

Al verle, los suyos luchan
 Con invencible pujanza,
 Él grita: ¡Adelante!... y ellos
 Hieren, postran, rinden, matan!....

Y los altivos alarbes
 Que en la fiebre de su audacia
 Que era poco el ancho mundo
 Para su valor juzgaban;

Ya impelidos por el miedo,
 Que es abrumadora carga,
 Tiran sus fuertes broqueles....
 En tierra arrojan sus armas....

Por correr más, se atropellan....
Y gritando: ¡Alá nos valga!...
Chocan entre sí, derriban
Los del centro á la vanguardia,

Los medrosos á los débiles,
A los mas fuertes las masas,
A las masas los caballos;
Y á los caballos.... ¡Navarra!...



VII.

Porqué?... porqué de Pamplona
 Turban el triste silencio
 Con grato són las dulzainas,
 Con alegré voz el pueblo?

A la vecina espesura
 Pidió amparo el extrangero,
 Que el crimen busca las sombras
 Y la luz le causa miedo.

Ya de sus ráudos corceles
 No se escucha el ronco trueno,
 Ya no alzan rumor sus pasos,
 Ni ya amenazan sus hierros.

Que si tormentosa nube
 Que ennegrece el firmamento
 Fué el moro, y Pamplona espacio
 De luto y de sombra lleno;

Cuando el Rey vino á Pamplona
 El luto y la sombra huyeron,
 Que era claro sol D. Sancho,
 Si era nube el agarenio.

Por eso flores esparce,
 Tañe gratos instrumentos,
 Y enciende tan vivas luces;
 Que de su conjunto bello

Toma el prado nuevas galas,
 El Abril matices nuevos,
 El ave notas mas dulces,
 Y luz mas brillante el cielo.

Por eso hierven las calles
 En damas y en caballeros,
 Y en ellas como en el muro
 Todo es galas y festejos.

Por eso sus hijos gritan
 ¡Viva D. Sancho!... y por eso,
 Que entra el vencedor anuncian
 Las campanas del concejo.

Ya entre el viva de las turbas,
 Y entre el són del campaneo,
 Se oye el ruido que producen
 Las armas rozando el suelo.

Ya aparece el Rey D. Sancho
 Al frente de sus guerreros,
 No cubierto de oro y seda,
 Sino de sangre cubierto.

A su lado marcha Aizubi
 Llevando con porte fiero
 La enseña de los navarros
 Que mece orgulloso el viento.

Y subiendo á las almenas
 En donde murió el de Yeso,
 El victorioso Monarca,
 Dice así con ronco acento:

Moro, que entraste en Navarra
 Por vencer al Pirineo,
 Siendo mas que osado fuerte,
 Y mas que fuerte soberbio...

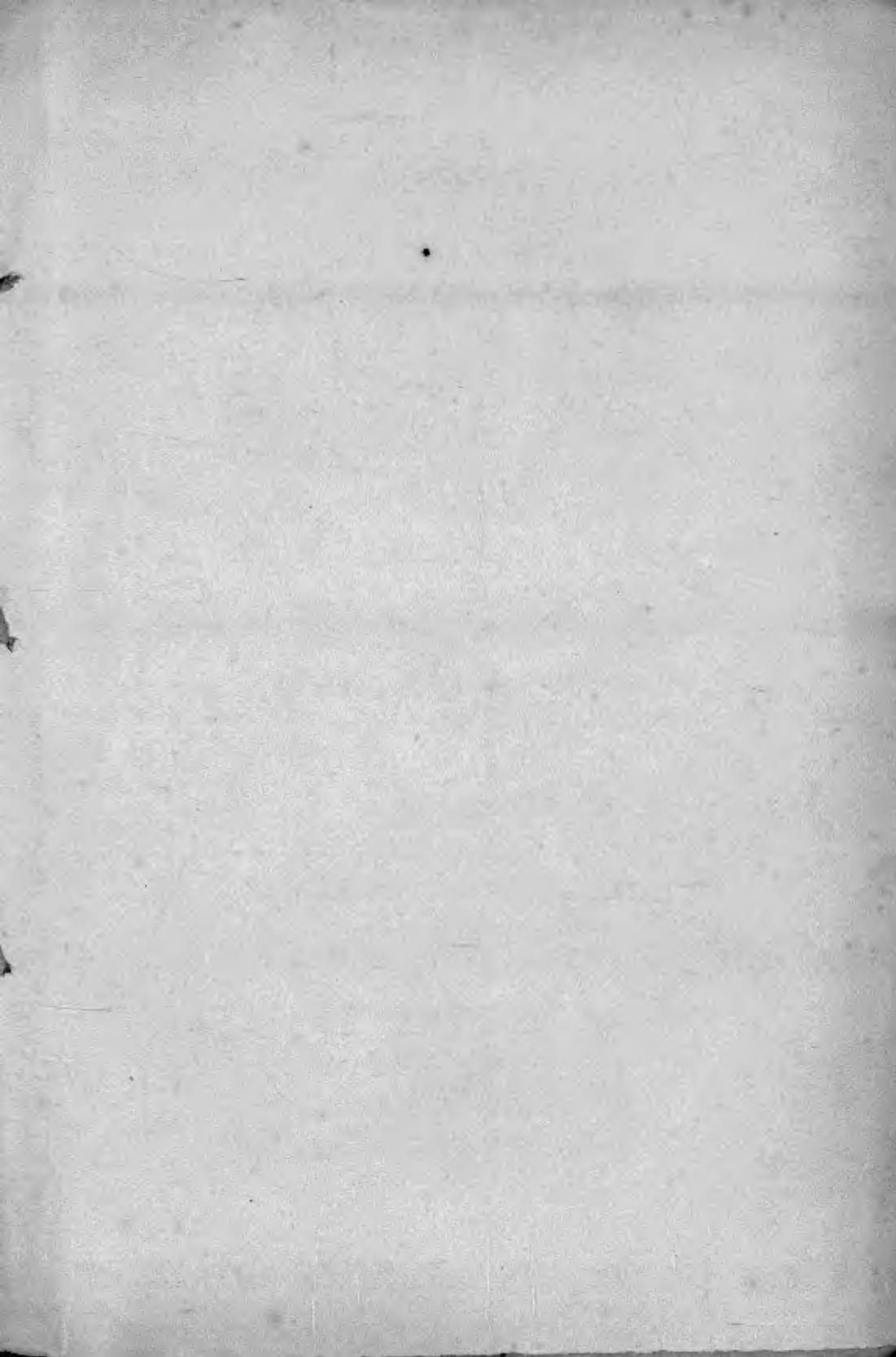
Tú que al carro de tus lauros
 Uncir anhelaste al pueblo
 Cuyas llanuras alfombran
 Los blasones de tu imperio....

Pues ves tu ambicion deshecha,
 Pues ves postrado tu esfuerzo,
 Dí al orbe su bizarria,
 Dile sus preclaros hechos....

Y si á cambiar nuestros usos
 Viene un dia el extranjero,
 Verá que Navarra sabe
 Morir, pero no perderlos.»

Calló D. Sancho; la luna
 Por ver su marcial aspecto
 Dejó tras de sí las nubes,
 Llenóse de luz el cielo;

Y á oirse volvió en Pamplona
 De su entusiasmo el estruendo
 Entre las notas del bronce,
 Y el són de los instrumentos.



the first time
I have seen you
in all my life
you are very
handsome

you are very
handsome
you are very
handsome
you are very
handsome

you are very
handsome
you are very
handsome
you are very
handsome

